

Código:	2	0	2	3	2	8	4	6	
---------	---	---	---	---	---	---	---	---	--

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
ESTUDIOS GENERALES LETRAS

TRABAJO INDIVIDUAL

Título: «Manifestación del trauma transgeneracional a través de la repetición compulsiva y posmemoria en *Los hornos de Hitler* (1947)»

Nombre: Xindy Angelina Espinoza Flores

Tipo de evaluación: Monografía Final.

Curso: Investigación Académica (INT124)

Horario: 314

Comisión: 314D

Profesor: Patricio Alvarado

Jefe de Práctica: Raúl Silva

Resumen

Esta investigación tiene como propósito analizar el recuerdo compulsivo del Dr. Joseph Mengele e Irma Grese presente en las memorias de la judía húngara Olga Lengyel, *Los hornos de Hitler*, como la manifestación de un trauma transgeneracional del Holocausto. Cabe resaltar que este estudio utiliza el marco teórico de Caruth y Hirsch para explorar la violencia sistemática y la deshumanización, abriendo un puente entre la memoria histórica y la experiencia subjetiva del trauma. Las memorias de Lengyel son una muestra representativa y simbólica de la manera en la que el trauma, a través de la literatura, es transmitido, configurándose como un medio crucial para alcanzar a las generaciones posteriores, convirtiendo el testimonio de Lengyel en un documento histórico con una narrativa atractiva. Primero se explica los conceptos fundamentales de la investigación, la posmemoria y la repetición compulsiva; además, se realiza una breve contextualización de la deportación de los judíos húngaros, así como un acercamiento a la memoria de Lengyel. Posteriormente, se profundiza dichos conceptos a través de dos figuras nazis relacionadas con el Holocausto: Irma Grese y Joseph Mengele, haciendo un análisis de cómo sus apariciones y simbolismos encarnan el horror del sistema nazi; asimismo, se compara con otro testimonio para comprender cómo la memoria individual cobra un sentido colectivo que preservan la experiencia traumática. Para esta investigación se usaron los trabajos de Caruth, Hirsch, Violin, Feldman, entre otros especialistas.

Tabla de contenido

Introducción

Capítulo 1

Aproximación teórica desde la psicología y la historia de la violencia en Auschwitz

1.1. Conceptos psicológicos asociados con el trauma transgeneracional

1.1.1. El trauma transgeneracional: Repetición compulsiva y posmemoria

1.1.2. La teoría de Caruth y Hirsch sobre la transmisión generacional del trauma

1.2. El sistema de violencia y deshumanización en Auschwitz: los casos de Irma Grese y Joseph Mengele (1942-1945)

1.3. *Los hornos de Hitler* (1947) de Olga Lengyel: una representación de la memoria individual y colectiva del Holocausto

Capítulo 2

La representación del trauma en figuras y narrativas del Holocausto en *Los hornos de Hitler* (1947)

2.1 El recuerdo recurrente de Grese y Mengele en la construcción testimonial de Lengyel

2.1.1 El trauma desde el concepto de la posmemoria de Hirsch

2.1.2 Repetición compulsiva en relación con la teoría del trauma de Caruth

2.2 El impacto del recuerdo de Grese y Mengele en la memoria colectiva y estrategias literarias del trauma en las narrativas del Holocausto

2.2.1 La influencia del recuerdo en la construcción de la memoria colectiva

2.2.2 Comparación de mecanismos literarios en la representación del trauma intergeneracional entre otros sobrevivientes

Conclusiones

Bibliografía

Introducción

La deportación sistemática de cerca de medio millón de judíos húngaros a los campos de exterminio nazis empezó un julio del 1944, a pocos meses del fin de la Segunda Guerra Mundial. Su principal destino fue Auschwitz, donde fueron sometidos al sistema de violencia y deshumanización nazi, sistema en que destacaron dos personaje conocidos y temidos: Irma Grese y Joseph Mengele. Ambos se transformaron en símbolos de la crueldad nazi y el horror absoluto, al tener total control sobre la vida y la muerte de cualquier prisionero judío, fue natural despojarlos de su condición humana. Debido a las memorias de Olga Lengyel en *Los hornos de Hitler*, publicado en 1947, se puede conocer el modo en que estas experiencias traumáticas se presentaban. El libro no revela solo eventos históricos, sino que se configura en sí, como un documento que desmantela mecanismos psicológicos de la transmisión del trauma. Por lo tanto, el problema de investigación que surge es el siguiente: ¿en qué medida el recuerdo compulsivo del Dr. Joseph Mengele e Irma Grese presente en las memorias de Olga Lengyel *Los hornos de Hitler* (1947) es la manifestación de un trauma transgeneracional evidente?

En *Los hornos de Hitler* (1947), escrito por Olga Lengyel, la teoría del trauma transgeneracional se manifiesta mediante un relato que entrelaza experiencias individuales y colectivas de los judíos húngaros deportados a Auschwitz entre 1944 y 1945. Desde un marco teórico fundamentado en las ideas de Caruth y Hirsch, las memorias de Lengyel revelan la violencia sistemática y la deshumanización sufrida, estableciendo una conexión profunda entre la memoria histórica y la experiencia subjetiva del trauma. El relato trasciende el mero documento histórico para convertirse en una representación simbólica de cómo el trauma se transmite a través de la literatura, permitiendo que las generaciones posteriores procesen, comprendan y reelaboren un pasado marcado por el horror. Figuras como Joseph Mengele e Irma Grese emergen como símbolos de la crueldad institucionalizada, personificando la repetición compulsiva del trauma que no se localiza en el evento original, sino en su capacidad de retornar con persistencia en la memoria. Así, la narrativa de Lengyel se configura como un testimonio que documenta, interpreta y reconstruye la memoria colectiva del Holocausto.

Esta investigación es importante porque aborda la necesidad de comprender la naturaleza de la memoria transgeneracional y cómo se transmite el trauma de un pasado conflictivo al presente, a través de una narrativa testimonial. Así, se estimula a reflexionar sobre cómo se valora el pasado y, a partir de ahí, se construye una identidad colectiva

sobre las memorias personales, aquello permite reinterpretar sucesos históricos traumáticos. En ese sentido, me interesé en mi tema tras conocer y leer las memorias de Olga Lengyel, una mujer judía húngara que estudió medicina y perdió a su familia durante el Holocausto. Su testimonio me impactó y acercó a figuras históricas, y de exterminio nazi, como si yo las experimentara personalmente. Fue a través de su historia que pude sentir su dolor, miedo y rechazo, aquello me llevó a sentir curiosidad sobre cómo es que los mecanismos literarios permiten transmitir experiencias con tanta intensidad. Fue intrigante descubrir cómo un testimonio personal puede convertirse en un documento histórico capaz de sellar la memoria colectiva, consolidando una identidad que trasciende el dolor individual. Esta capacidad de la literatura para transportar emociones y experiencias me llevó a profundizar en la investigación sobre la transmisión del trauma a través de *Los hornos de Hitler*, buscando comprender cómo un relato personal puede transformarse en una memoria colectiva significativa.

La investigación se divide en dos capítulos. En el primer capítulo, se explican los conceptos psicológicos del trauma transgeneracional, utilizando en específico la teoría de Caruth y Hirsch. Después, se analiza el sistema de violencia imperante en el campo de exterminio de Auschwitz, destacando el papel perverso que jugaron Irma Grese y Joseph Mengele en su sistema de deshumanización. Por último, se contextualizan las memorias de Lengyel, en el escenario de la gran deportación de judíos húngaros que se dio entre 1944 y 1945, y se destaca la importancia de su obra en la construcción de la memoria colectiva del Holocausto. El segundo capítulo analiza las figuras recurrentes de Joseph Mengele e Irma Grese en *Los Hornos de Hitler* como manifestaciones intrusivas del trauma en la memoria de Lengyel. Ambas figuras se analizarán desde la perspectiva de la posmemoria, por Hirsch, y la teoría de la repetición compulsiva de Caruth. Por último, se analizará el impacto en la construcción y permanencia de la memoria e identidad colectiva del Holocausto y se compararán mecanismos literarios usados por Lengyel a diferencia de otras narrativas de sobrevivientes, como la de Elie Wiesel, para comprender las diferentes estrategias de representación del trauma intergeneracional.

Para esta investigación se han empleado diferentes estudios sobre el Holocausto y la teoría del trauma. En primera instancia, el libro de Cathy Caruth llamado *Unclaimed Experience* fue una de las principales fuentes para comprender el cómo los testimonios de eventos traumáticos se constituyen no únicamente como narrativas individuales, sino como un testimonio difícil de contar. Lawrence Langer, en *Memory and Invention in Olga Lengyel's Five Chimneys*, proporciona un análisis detallado acerca de cómo Lengyel

entrelaza elementos personales y literarios para la representación de su trauma. Bina Nir, en *Transgenerational Transmission of Holocaust Trauma and its Expressions in Literature*, explicó los mecanismos de transmisión del trauma entre generaciones. La teoría de la posmemoria de Marianne Hirsch, desarrollada en *The Generation of Postmemory*, fue fundamental para analizar cómo se transmite la experiencia traumática a generaciones posteriores. Adicionalmente, el trabajo de László Szántó, *Hungarian Jews in the Age of Genocide*, ofreció una contextualización crítica sobre la experiencia judía durante el genocidio. Estos estudios permitieron construir un marco teórico y metodológico sólido para comprender la narrativa de Lengyel y el trauma del Holocausto.

Capítulo 1

Una aproximación teórica desde la psicología y la historia de la violencia en Auschwitz

El Holocausto se conoce como uno de los episodios más terribles a la que se enfrentó la humanidad en el siglo XX, un evento traumático que trasciende más allá del contexto temporal para configurar la memoria colectiva. El trauma transgeneracional se presenta como un concepto fundamental para comprender cómo el sufrimiento llega a transmitirse más allá de la experiencia directa, constituyéndose en un legado emocional que configura identidades. Las teorías que proponen Cathy Caruth y Marianne Hirsch aclaran los mecanismos de esta transmisión, mostrando cómo el pasado traumático continúa vivo en el presente a través de reacciones compulsivas plasmadas en la posmemoria. En tal caso, Auschwitz se establece como el símbolo paradigmático de la barbarie nazi, diseñado para deshumanizar y aniquilar, donde la deportación masiva de judíos húngaros ejemplifica la forma precisa y sistemática de la maquinaria de muerte. *Los Hornos de Hitler* de Olga Lengyel se constituirá de tal forma, no sólo como un testimonio crucial que documenta los acontecimientos del pasado, sino que invita a una profunda reflexión, a través de su formato literario, sobre cómo el trauma colectivo continúa moldeando las sociedades contemporáneas, recordándonos la importancia de preservar la memoria y prevenir la repetición de tales atrocidades.

1.1 Conceptos psicológicos asociados con el trauma transgeneracional

Los fundamentos psicológicos del trauma transgeneracional, su definición, mecanismos de transmisión y efectos en las generaciones posteriores, se examinan considerando los conceptos clave del trauma psicológico y su impacto a nivel individual y colectivo. Las teorías de Caruth y Hirsch, ofrecen, por tanto, perspectivas complementarias sobre cómo el trauma se transmite e impacta a través del tiempo, influyendo en la memoria colectiva y la identidad cultural.

1.1.1. Concepto del trauma transgeneracional

El término “trauma” describe el estado de una persona después de experimentar un daño psicológico profundo proveniente de experiencias altamente dolorosas y emocionalmente intensas. “Siempre se termina viviendo el profundo y auténtico miedo, la pérdida de control, la vulnerabilidad y sensación de aniquilación: es este estado en el que una persona percibe que está en riesgo” (Nir, 2018, p. 1). Este tipo de daño no afecta a todos de la misma manera, las reacciones varían y dependen de las capacidades individuales de cada persona para enfrentar el sufrimiento. Kellermann (2001) menciona que la severidad del trauma puede influir en la salud física y emocional de la víctima, llevando a condiciones como el trastorno de estrés postraumático (TEPT), la ansiedad y la depresión (p. 5). Este malestar genera, además, una sensación persistente de miedo y estado de alerta, aun cuando la amenaza ya ha desaparecido. Debido al trauma, la víctima puede sentirse vulnerable y experimentar una distorsión de sus memorias y pensamientos, ello limita su capacidad para procesar el trauma de manera saludable.

El trauma no solo impacta de manera individual, sino que también repercute en las relaciones interpersonales de la persona afectada. Según indica Herman (2015), el trauma no solo llega a afectar a la víctima de forma individual, sino que también repercute en sus relaciones interpersonales, creando un ciclo de dolor que puede extenderse a familiares y seres queridos (p. 37). La ruptura que ocasiona llega incluso a aislar a la víctima, marca un daño emocional cruel. Por consiguiente, cuando el trauma no se resuelve o es procesado adecuadamente, ese estado emocional puede transmitirse a los descendientes, afectando sus vidas incluso cuando no han experimentado el trauma de manera directa. El trauma transgeneracional, en este contexto, describe la forma en que las secuelas emocionales y psicológicas de experiencias traumáticas pueden ser transmitidas de una generación a otra.

Por otra parte, el trauma puede ser transmitido de una generación a otra, afectando no solo a quienes lo experimentaron directamente, sino también a sus descendientes, quienes pueden cargar con las secuelas emocionales y psicológicas sin haber vivido la experiencia original. Este fenómeno resulta en una *herencia* emocional en la que las generaciones posteriores perciben el dolor, el miedo y la vulnerabilidad de sus antecesores, reproduciendo patrones de respuesta al trauma sin haber estado expuestos a los mismos escenarios, esto a modo de mecanismo subconsciente. Este ciclo no se limita únicamente a la transmisión familiar; el trauma también tiene un impacto en las comunidades. Herman (2015) explica que la violencia y el trauma generan en sí un efecto dominó en la sociedad, donde el sufrimiento de una persona puede influir en la salud emocional y social de toda una comunidad, perpetuando patrones de violencia y desconfianza (p. 38). En efecto, el trauma de un individuo puede reflejarse en su comportamiento y actitudes, influyendo en aquellos que lo rodean y generando un ambiente de inseguridad y desconfianza en la comunidad. Este efecto comunitario del trauma permite que experiencias traumáticas individuales se extiendan más allá de la familia y afecten el tejido social, perpetuando dinámicas de sufrimiento colectivo.

Por otro lado, el trauma transgeneracional también puede transmitirse a través de la literatura, el arte y otras formas de narrativas culturales. Obras literarias, películas y testimonios que facilitan a las nuevas generaciones acercarse a las experiencias traumáticas del pasado y conectarse emocionalmente con el dolor de sus antepasados o de otras personas que vivieron eventos similares (Nir, 2018, p. 4). Estas narrativas pueden hacer que lectores y espectadores actuales se identifiquen profundamente con los personajes o situaciones, de manera que sientan la voz de ese trauma en sus propias vidas. Este tipo de representaciones sirve como un medio simbólico de transmisión del trauma, donde el sufrimiento se convierte en un tema compartido que no solo ayuda a mantener viva la memoria de estos eventos, sino que también contribuye a que las generaciones posteriores comprendan y conviertan el significado del alcance emocional de los traumas pasados. De esta forma, el trauma transgeneracional no solo influye en el ámbito familiar, sino que también se incorpora en la narrativa cultural produciendo que personas de otras épocas y contextos se sensibilicen ante el dolor. Este fenómeno permite la construcción de una memoria colectiva en la que el trauma se vuelve una experiencia compartida que genera empatía y profundiza la comprensión del sufrimiento vivido.

1.1.2 Teoría de Caruth y Hirsch sobre la transmisión generacional del trauma

En primer lugar, la teoría de Cathy Caruth se enfoca principalmente en la repetición compulsiva del trauma, condición que se manifiesta a través de la continua aparición de recuerdos, pesadillas y actitudes compulsivas, como efecto de una asimilación débil del evento traumático vivido. Caruth (2020) señala que el trauma no puede localizarse sólo en cierto momento del pasado, sino en la forma en que su propia naturaleza no asimilada, retorna para atormentar al sobreviviente (p. 17). Es decir que, a través de esta compulsión, la naturaleza del subconsciente hará que el sujeto quede atrapado en un ciclo que revivirá el trauma sin la opción de poder procesarlo adecuadamente. La idea que presenta Caruth (2020) se basa en los estudios de Freud y su concepto de “más allá del principio de placer,” (p. 14) el cual evalúa cómo el trauma se transforma en un evento que altera a la víctima de improvisto imponiéndose al presente. Allwork (2017) también menciona que el golpe radical de una experiencia traumática provoca que el impacto inmediato haga presencia después de un periodo de latencia manifestándose como pesadillas recurrentes (p. 13). Los flashbacks y las conductas repetitivas son una forma en que la mente termina recibiendo el shock repentino, eso forma una herida mental, una ruptura inesperada difícil de sanar por su intrusión repentina en la psique.

Caruth aplica este marco al trauma transgeneracional, sugiere que la conmoción de experiencias traumáticas no sólo atormenta a quienes lo vivieron, sino que se transmite y afecta a generaciones siguientes, construyendo una especie de memoria colectiva. Considerando la visión freudiana, el trauma puede provenir de un legado que forma parte de una identidad grupal, como puede verse en el contexto del Holocausto. En ese sentido, el trauma repercute en la historia, porque si bien no fue procesada en su momento, sigue estando presente en la vida de tanto descendientes directos como no directos. Allwork (2017) comenta que una forma de dar a conocer sobre este tema es abordar los estudios del trauma y la historia a través de la literatura (p. 6). Así, las narrativas testimoniales funcionan como un medio para asimilar los traumas y dar voz a experiencias que necesitan conocerse. La literatura permite explorar estas memorias heridas no sólo documentando el trauma, sino que, abriendo paso a su reflexión, ello une a generaciones que luchan por comprender y honrar el pasado compartido.

En segundo lugar, la teoría de Marianne Hirsch consiste en la posmemoria. El concepto estudia la relación que las generaciones posteriores conservan de los traumas que, pese a no vivirlo en carne propia, han absorbido mediante recuerdos, imágenes y narrativas familiares. Ella menciona que la posmemoria describe esta conexión entre la segunda generación y las vivencias intensas que tuvieron lugar antes de su nacimiento,

recuerdos que les fueron transmitidos tan intensamente y que parecen darse por derecho inherente. (Hirsch, 2012, p. 104). En otras palabras, Hirsch define la posmemoria como una conexión latente que descendientes establecen con el pasado traumático de la generación anterior. Se da a manifestar cuando los individuos cercanos a los sobrevivientes del Holocausto, por ejemplo, empatizan profundamente con sus experiencias, viviendo el trauma de forma indirecta. El uso de la narrativa es fundamental en los recuerdos que se transmiten y transforman, las imágenes del pasado que se moldean resuena y reactivan el trauma en la memoria de la nueva generación. Hirsch, al contrario de Caruth, da un mayor énfasis al rol de la familia, considerándolo como un medio importante para transmitir la historia y el trauma, es el “trabajo de la memoria” que forja un vínculo intergeneracional permitiendo que el trauma no muera y sea reinterpretado en el presente.

El concepto de posmemoria subraya, además, que el trauma transgeneracional puede extenderse más allá de los lazos familiares directos, trascendiendo a una sociedad más amplia, ellos se convierten *en testigos por adopción*, la tutela del Holocausto es transmitida obteniendo un mayor alcance (Hirsch, 2012, p. 105). Tomando como modelo *Los hornos de Hitler* de Olga Lengyel, su testimonio personal acerca del horror vivido en los campos de concentración obtiene mayor relevancia al convertirse en una memoria compartida. Este tipo de narrativa permite que lectores que desconocen sobre el trauma, sientan procesen, reinterpreten el pasado y sigan compartiéndolo, es parte del legado social y cultural. El testimonio de sobrevivientes expande el trauma transgeneracional hacia quienes lo acogen y perpetúan. Todo ello compone la *posmemoria colectiva* que describe Hirsch, el trauma es interiorizado y convertido en un acto de memoria activa. En síntesis, el trauma no sólo se preserva de ese modo, en el ámbito familiar, sino que se institucionaliza en una memoria cultural más extensa e influye en la identidad y la conciencia histórica de las generaciones que vienen.

1.2. El sistema de violencia y deshumanización en Auschwitz: los casos de Irma Grese y Joseph Mengele (1942-1945)

El sistema de violencia y asesinato durante el régimen de Auschwitz se diseñó para eliminar de modo sistemático y masivo a los prisioneros judíos. Patrick Debois (2004) describe cómo, incluso antes de la operación completa de otros campos de exterminio: Treblinka, Sobibor, Belzec o Majdanek..., Auschwitz resaltaba como un centro de asesinatos mecanizados, el ambiente que sembraron era conocido por ser horror puro (p.

8). El campo de Auschwitz fue un símbolo de violencia industrializada temprana, un lugar donde las maquinarias de exterminio operaban con indiferencia y eficiencia letal. El sistema era sostenido por la cooperación entre varias fuerzas, la SS e incluso la policía zonal junto a otros civiles colaboradores. Debois (2004) hace énfasis en que este proceso no solo los perpetrados contribuyeron al exterminio, sino también los espectadores al no actuar, la nula reacción brindó mayor poder a los victimarios (p. 9). Por lo tanto, el sistema de Auschwitz no sólo era conducida por las acciones de los ejecutores, sino también por el silencio que otorgaba complicidad de quienes sólo se dedicaban a observar sin interrumpir. El entorno controlado y despiadado reducía a los prisioneros en meros objetos dentro de una cadena de producción de muerte, demostrando la deshumanización e indiferencia que caracterizaba este campo de exterminio.

Por otra parte, este sistema violento combinaba distintos métodos de asesinato reflejando la brutalidad y eficiencia de la maquinaria nazi. Muchos de los prisioneros fueron judíos húngaros que habían sido deportados por autoridades colaboracionistas, eran sometidos a una estructura de exterminio que parecía inhumana. Laczo (2016) sostiene que la participación de los húngaros en específico sobre esa maquinaria fue decisiva, pues los aparatos húngaros fueron los principales responsables de llevar a cabo la guetización y deportación de los judíos húngaros hasta la ciudad fronteriza de Kassa (p. 410). Este proceso se integraba a un sistema más complejo, la muerte era un medio para establecer un control absoluto sobre todos los prisioneros en sí, es decir, la muerte ya no era sólo un fin. Desbois (2004) describía cómo había momentos en que los judíos tenían que desnudarse mientras los guardias los golpeaban, luego, familia tras familia, padres, madres e hijos se tumbaron boca abajo sobre los cuerpos de los que acababan de ser fusilados (p. 19). Este tipo de tratamiento demostraba un carácter atroz del sistema, las víctimas no eran reconocidas como personas. Asimismo, el sistema de violencia en Auschwitz no solo buscaba el exterminio físico sino también romper la psicología y la moral de las víctimas, los derechos fueron completamente anulados. El régimen nazi y sus colaboradores impusieron políticas extremistas para acelerar el genocidio y volverlo menos tedioso, pues bien, la discriminación legal cada vez más radical y la exclusión social cada vez más rígida de los judíos húngaros podía verse en retrospectiva como pasos preparatorios para coorganizar la política del genocidio (Laczo, 2016, p. 410). La estricta segregación total produjo que las autoridades pudieran controlar cada aspecto crucial de vida y muerte para los prisioneros.

En este sistema de exterminio, se resaltan dos principales figuras: Irma Grese y Joseph Mengele, quienes personificaron la brutalidad y la deshumanización institucionalizada mencionadas. Irma Grese, conocida como la “Hiena de Auschwitz,” se destacó por su sadismo extremo: “Grese was infamous for her merciless use of violence, often beating prisoners with her whip and taking pleasure in their suffering” (Larson y Clark, 2018, p. 23). Su presencia fue la representación principal de la fusión del fanatismo ideológico y sadismo personal, ejemplificando el rol de las mujeres en la maquinaria nazi. Los mismos autores destacan que: “She epitomized the Nazi ideology—lacking empathy, seeing the prisoners as less than human, and reveling in their suffering” (2018, p. 40). La ausencia de empatía de la que se habla para el caso de Irma consiste no sólo en una aberración individual, sino un producto paradigmático del sistema nazi, que quiere decir, un vaciamiento moral ocasionado por un daño psicológico que provocó el crecer en un entorno dónde se justificaba y se minimizaba el dolor de los judíos, este mecanismo permitía a los perpetradores del Holocausto ejecutar atrocidades sin experimentar culpa o remordimiento.

Joseph Mengele, por su parte, tuvo un rol fundamental en el extremismo científico, basándose en las leyes de Núremberg (1935). Según Lagnado y Dekel, los experimentos de Mengele no eran verdaderas investigaciones científicas, sino de herramientas de poder y aniquilación conceptual (1992, p. 45). Su labor médica se convirtió en un instrumento para concretar la supremacía racial nazi, en la que los individuos eran relegados a simplemente objetos de manipulación, despojados de toda dignidad. Así, la experimentación se transformó en un ritual sombrío de dominación, en el que cada técnica simbolizaba un acto sistemático de violencia contra la humanidad, llevado a cabo bajo la apariencia de una investigación pseudocientífica. Sobre ello, Raphael Patai describe cómo todo el proceso fue supervisado directamente por Eichmann, quien forzó a los judíos húngaros a abandonar sus hogares y ser arrojados a vagones de carga abarrotados. En condiciones mortales, los trenes fueron precintados y escoltados por unidades de la gendarmería húngara hasta Kassa, muchos judíos se suicidaron antes de llegar y otros murieron en el camino (Patai, 1996, p. 568). La nula ventilación y el duro calor de verano aumentaron el riesgo de asfixia durante el camino, ello provocó más pérdidas antes de alcanzar Auschwitz. Al mismo tiempo, Desbois (2004) señaló que los nazis le habían arrebatado la belleza a todo. Los paisajes verdes más exuberantes se convirtieron en campos de exterminio (p. 97), transformando cada aspecto del entorno en formas de eliminar y deshumanizar, no permitiendo señales de esperanza.

El régimen nazi en Auschwitz, como resultado, es un escenario que marcó un trauma persistente, después de todo, la sistematización del exterminio alcanzó niveles industriales de eficiencia y crueldad. Como menciona Felman (2004), cada asesinato estaba diseñado meticulosamente para eliminar todo rastro de humanidad, como en el testimonio sobre Humpel, un policía alemán que "avanzaba... y asesinaba a cada judío, uno tras otro, con una bala en la nuca" (p. 19). Esta mecánica del horror proyecta un sistema donde la deshumanización no fue un efecto secundario, sino el principal objetivo: las personas fueron reducidas a simples números, despojadas de sus nombres, historias y dignidad en un proceso que buscaba borrar no solo sus vidas, sino también su memoria. La arquitectura misma del campo, con sus barracas ordenadas, cámaras de gas y crematorios, significaba una racionalización del mal que convirtió el asesinato en un proceso administrativo, donde los verdugos actuaban con la frialdad de burócratas cumpliendo tareas cotidianas. Por esta razón, el horror de Auschwitz no radicó solo en la cantidad de víctimas que alcanzaron, sino en cómo el régimen nazi logró convertir el genocidio en un proceso industrial, reflejando una ideología que buscaba la completa negación de la humanidad de sus víctimas.

1.3. *Los hornos de Hitler* (1947) de Olga Lengyel: una memoria individual y colectiva del Holocausto

Los Hornos de Hitler (1947), escrito por Olga Lengyel, es uno de los primeros testimonios publicados sobre Auschwitz, probablemente el primero en aparecer en inglés más tarde en 1947. Su relevancia histórica y testimonial evidencia el reconocimiento temprano de Albert Einstein, quien elogió su capacidad para dejar hablar a los que ahora están callados y siendo olvidados (Langer, 2021, p. 169), esta observación resalta la importancia de la obra como un modo de conectar entre la memoria individual y colectiva. Ricoeur (2006) argumenta que toda memoria forma parte del pasado y conserva la esencia de lo que fue (p. 16), y en este caso, Lengyel trabaja un relato que trasciende una narración personal y se transforma en un documento histórico esencial. Aunque es importante precisar que, un evento traumático puede influir entre la invención y la memoria, en esa línea, Ricoeur también sugiere que hay un proceso para validar la precisión de un testimonio, pues este se convierte en parte esencial de la historia (2006, p. 22). Las memorias de Olga Lengyel cobran especial importancia al situarse en un contexto de posguerra, donde el campo principal de Auschwitz y los restos de las instalaciones de exterminio se hallaban en

territorio dominado por los soviéticos (Langer, 2021, p. 169). Las circunstancias históricas que sufrió Lengyel convirtieron su testimonio en no solo su propia voz sino en un documento fundamental para la comprensión temprana de los horrores que dejó el Holocausto.

El contexto remonta a los años 1944 y 1945, en dónde se procedió con una deportación masiva de alrededor de 437 000 judíos húngaros hacia Auschwitz-Birkenau en el transcurso de menos de dos meses. Este proceso ocurrió en condiciones inhumanas, calculadas cuidadosamente, los alemanes hicieron que las familias judías se presentaran en grupos de cinco personas (Desbois, 2004, p. 55). Se trató de una operación que demostró hasta dónde podían llegar para mantener la estructura de poder y genocidio. Con la llegada a Auschwitz, la mayoría de los judíos se enfrentó a un proceso de selección tensa que definía el destino que les deparaba de forma inmediata. Esta operación, coordinada por oficiales nazis como Josef Mengele, dividía a los prisioneros por su capacidad de trabajo, separando a los ancianos, enfermos y niños en una fila que terminaría conduciendo a las cámaras de gas. “Los muertos, los enfermos contagiosos, los aquejados de enfermedades orgánicas, los consumidos, los hambrientos y los locos, todos tenían que viajar juntos en aquel infierno de madera” (Lengyel, 2020, p. 35). Fue un sistema diseñado especialmente para deshacerse de los incapacitados y apresurar el trabajo. Los nazis disponían, entonces, de un marco legal que les obligaba a asesinar a los judíos, no obstante, los métodos utilizados quedaban a su propia iniciativa, incluyendo el sadismo (Desbois, 2004, p. 67). Lengyel, una médico sobreviviente del Holocausto, y otros que lograron superar ese capítulo de horror, recordaban cómo los prisioneros eran obligados a despojarse de sus pertenencias y prendas, simbolizando la pérdida y renuncia de su identidad y dignidad. Los nazis convirtieron cada aspecto del campo en un instrumento para torturar y matar.

Para los judíos húngaros, la experiencia de la deportación y llegada a Auschwitz fue devastadora en todos los sentidos, cualquier atisbo de supervivencia o dignidad fue destruida. La mayoría de los deportados fueron recibidos con la visión de montañas de objetos personales que presagiaban el final de sus días. En sus memorias, Olga Lengyel describe cómo estos objetos dejados transmitían el horror que les esperaba, una experiencia que selló profundamente su entendimiento del sufrimiento colectivo de la comunidad judía húngara. Patai (1996) relata con detalle que los judíos fueron privados de sus últimas posesiones, maltratados en condiciones que hacían imposible su supervivencia durante cualquier periodo de tiempo, quienes llegaron a resistir a la

selección inicial fueron sometidos a trabajos forzados, hambre y abusos constantes (p. 571). Incluso si lograban aguantar cada minuto, la situación iba escalando, este escenario refleja lo que Desbois (2004) describe como un intento de borrar toda evidencia: "The killing sites now are all but invisible. They offer up none of the architectural design elements that shape the iconic imagery of Holocaust memorial sites worldwide" (p. 8), demostrando cómo el régimen nazi no solo buscaba el exterminio físico, sino también la eliminación de toda huella de sus crímenes.

Por consiguiente, las memorias *Los Hornos de Hitler* se distinguen por su capacidad de entrelazar tanto la experiencia personal con la memoria colectiva, un fenómeno que Ricoeur (2006) se enfoca en analizar al indagar sobre la relación entre ambos tipos de memoria, y cómo esta última está influenciada por la historia. Nir (2018) menciona que redactar experiencias como escritos de literatura sobre el tema cobran una dimensión terapéutica tanto para el escritor como para los lectores (p. 3). El texto de Lengyel refleja esta cualidad terapéutica al procesar el trauma tanto a nivel individual como colectivo. A través de sus memorias, la autora construye un enlace entre su experiencia y la memoria compartida, pues no sólo documenta su propia vivencia traumática, sino también el sufrimiento de todos aquellos que la rodearon en Auschwitz, contribuyendo a lo que se denomina la construcción de una memoria histórica compartida. De esa forma, *Los Hornos de Hitler* crea un puente entre la memoria individual y la colectiva, un aspecto que Langer (2021) destaca al señalar que todo era posible en Auschwitz, pero también deberían darse cuenta de que no todo era probable. La distinción fue crucial.

La autora logra este enlace a través de su documentación detenida acerca de las experiencias en el campo, donde las figuras de Mengele y Grese se convierten en símbolos recurrentes que personifican el horror sistemático. Este enfoque muestra lo que Nir (2018) identifica como un patrón en la literatura del Holocausto, donde las memorias relatan la historia de sobrevivientes abordando el trauma y sus repercusiones (p. 3), aunque en el caso de Lengyel, la narrativa emerge directamente de su experiencia personal, dotándola de una autenticidad y urgencia testimonial únicas. Lo histórico, memorial y significativo que es *Los Hornos de Hitler* se consolida en su capacidad de poder abordar la "reserva del olvido" siendo el medio contra el olvido histórico, la reflexión y reinterpretación para las generaciones actuales. Es gracias a los testimonios que es posible conectar y aprender más sobre el pasado, es como lo observa Langer (2021) tuvo que pasar mucho tiempo antes de poder comprender los detalles de las deportaciones, los asesinatos y muchas otras

cosas que Lengyel afirma en su obra (p. 169). Esto subraya la naturaleza precursora de su testimonio, como trasciende su valor individual, se convierte en lo que Nir describe como una manifestación del trauma transgeneracional, donde hacer acto de testimonio no se reduce sólo como un proceso de sanación personal, sino que se trata de un vehículo para asegurar que las futuras generaciones puedan conocer sobre el Holocausto y no olviden a quienes lucharon y murieron siendo atormentados.

Capítulo 2

La representación del trauma en figuras y narrativas del Holocausto en *Los hornos de Hitler* (1947)

Previamente, se resaltó que el Holocausto es un hito ético de no retorno en la historia. La crueldad, de forma sistemática, llegó a tal punto de extrema deshumanización que la dignidad humana para los judíos resultó en algo inusual. Este capítulo, a través del análisis de las memorias de Olga Lengyel en *Los hornos de Hitler*, pretende analizar sobre el proceso por el cual figuras como Joseph Mengele e Irma Grese se transforman universalmente en sinónimos del horror nazi, encarnando una brutalidad institucionalizada que va más allá de lo individual. Con las teorías del trauma de Cathy Caruth y el concepto de posmemoria de Marianne Hirsch, se exploran los mecanismos de transmisión del sufrimiento, mostrando como toda experiencia traumática puede transmitirse como herencia emocional que configura la memoria colectiva y sugiere una transmisión transgeneracional. La literatura como testimonio se convierte, entonces, en una de las herramientas más importantes para la preservación y transmisión del trauma del Holocausto; ayuda a dar a conocer la diferencia entre las narrativas de sobrevivientes que permiten poner en relato experiencias contrastantes, *Los Hornos de Hitler* y *Night*, por ejemplo. El análisis comparado con testimonios como el de Elie Wiesel desvela las distintas voces que sirven para compartir los mecanismos literarios que ayudan a dar cuenta de una experiencia que va más allá de la comprensión como externos. No se trata de sólo un ejercicio histórico, va más allá, pues ello profundiza en cómo la memoria del Holocausto continúa viva a pesar del tiempo, invitando a las generaciones del presente a reflexionar sobre aquello que puede superar los límites de la crueldad y la manera de preservar un testimonio que sirve como advertencia ante la deshumanización.

2. La representación del trauma en figuras y narrativas del Holocausto en *Los hornos de Hitler* (1947)

La memoria del Holocausto toma forma a través de las memorias de quienes sufrieron en carne propia el horror de esa época. A través de sus testimonios convierten figuras individuales a símbolos del horror colectivo. En tal sentido, los recuerdos de Olga Lengyel de Joseph Mengele e Irma Grese se convierten en representaciones del trauma personal y transgeneracional. La narrativa de la autora no sólo materializa cómo estos recuerdos compulsivos y obsesivos impactan y se transforman en un gran mecanismo para transmitir la memoria del genocidio a generaciones posteriores, sino que la autora, mediante propias estrategias narrativas, conecta con el sufrimiento compartido para aproximarse a una comprensión mucho más íntima del Holocausto.

2.1.1. El trauma a través de Irma Grese y Joseph Mengele desde el concepto de la posmemoria

En primer lugar, Joseph Mengele, quien fue un médico nazi que sembró el miedo y horror de la comunidad judía al encargarse de ejecutar experimentos inhumanos en Auschwitz sin ápice de empatía, no sólo fue la imagen del horror de los experimentos médicos, sino también de la razón que se usaba para legitimar políticas de exterminio racial: la metodología científica distorsionada. Según Lagnado y Dekel (1992), debido a que Mengele mantuvo un interés particular y terrible con los niños, ganó el apodo de Ángel de la Muerte (p. 12), pues al mismo tiempo que realizaba experimentos atroces, conservó una actitud amable que rozaba lo paternal con sus víctimas, lo que llevó a reforzar el temor y confusión tanto en niños como en adultos. Asimismo, esta figura inclinaba su fascinación científica por los gemelos y otras anomalías físicas las cuales era impulsadas por las conocidas y temidas teorías eugenésicas y darwinismo social,¹ que buscaba justificar este tipo de accionar y lo que lo llevó a realizar experimentos que deshumanizaban a sus sujetos, usando la higiene racial a modo de justificación. A través de los recuerdos traumáticos de las víctimas se puede ver reflejado el impacto emocional que esa relación les dejó. Inclusive, décadas después, muchos de los que sobrevivieron continúan reviviendo sus horrores, como se menciona en *Children of the Flames* “pull out faded letters and old photographs... realizing they will never escape the shadow of

¹ Durante el nazismo, ambas teorías tenían base en la creencia de una raza superior o la superioridad de esta, impulsaba la eliminación de aquellos que eran considerados "genéticamente inferiores" a fin de mejorar la especie humana (Lagnado y Dekel, 1992, p.33).

the Angel of Death” (Lagnado y Dekel, 1992, p. 40) o como en *Los hornos de Hitler* de Olga Lengyel, quien resalta a esta figura como una fuerza horrible que persigue su sombra y la de muchos más (Cohler, 208 p. 130), reafirmandose como un símbolo de la memoria colectiva de los crímenes del Holocausto y el dolor transgeneracional.

En segundo lugar, se destaca a Irma Grese, otra figura recordada como uno de los símbolos más representativos del horror y el trauma que marcó la era del Holocausto. Esta siniestra figura femenina, se convirtió en una de las guardias más temidas de los campos de concentración nazis, especialmente en Auschwitz y Bergen-Belsen. Los apodos, que la caracterizaron, en contraste con su bella apariencia, fueron La Hiena de Auschwitz y El Ángel Rubio del Infierno. Sin embargo y pese a ser bastante joven en aquel entonces, Grese fue responsable de muchas e innumerables atrocidades, siendo la selección de prisioneros para la muerte una de esas. La Dra. Gisella Perl, una sobreviviente de los horrores del campo, la describió como "the most depraved, cruel, imaginative pervert I ever came across" (Larson y Clark, 2018, p.45). Esta descripción da peso a la memoria colectiva sobre su figura, que se entrelaza con las vivencias de otras sobrevivientes como Olga Lengyel. En sus memorias sobre Auschwitz, Lengyel reporta la brutalidad de las selecciones y describe los crematorios como un símbolo indeleble del sufrimiento humano durante el Holocausto. Grese, quien fue finalmente capturada y juzgada, mantuvo una actitud desafiante durante su juicio, en sus propias palabras afirmó: “It was our duty to exterminate anti-social elements so that Germany’s future would be assured.” (Larson y Clark, 2018, p. 112). Esta parte de la historia que perpetúa la memoria de los judíos se extiende y forma una identidad cicatrizada por los acontecimientos, marcando a la memoria colectiva que se sigue transfiriendo.

Por un lado, la posmemoria se configura como un complejo mecanismo de transmisión traumática que recae en figuras como Mengele e Irma Grese, símbolos de una brutalidad que va más allá del tiempo histórico, algo trascendente. Como sostiene Hirsch (2012), la posmemoria es el vínculo persistente del trauma personal, colectivo y cultural de la generación siguiente con la generación anterior (p. 13), un fenómeno que en el caso de estos perpetradores adquiere dimensiones casi surreales. Violi (2020) profundiza esta perspectiva al argumentar que "la transmisión transgeneracional del trauma ocurre como una *semiosis en acto* que se manifiesta en discursos y rituales, y, a menudo, en silencios" (p. 13). Nombres como Mengele y Grese se convierten así en heridas de sufrimiento que se transmite no limitándose a la experiencia directa, donde cada mención trae de vuelta el horror del Holocausto. De ese modo, los descendientes de

sobrevivientes no solo están heredando un recuerdo, sino una cicatriz indeleble. Mengele no sólo sería un médico nazi, sino la encarnación de la crueldad científica; Grese deja de ser una guardia para transformarse en un símbolo de la deshumanización sistemática. La posmemoria intenta decir que esta visión opera como un permanente mecanismo de alerta, donde el trauma se reconstruye no mediante la reproducción literal de eventos, sino a través de la recreación emocional de su destructivo impacto.

Asimismo, y a modo de explorar un poco más la idea, la tensión entre memoria y olvido se constituye a su vez en la posmemoria como un espacio de continua negociación, espacio donde la siguiente generación se debate entre la herencia traumática y la necesidad de reconstruir una identidad. Hirsch (2012) en ese caso lo describe como: "The 'generation after' bears the personal, collective, and cultural trauma of those who came before—to experiences they 'remember' only by means of the stories, images, and behaviors among which they grew up" (p. 13). Básicamente, se deja como legado recuerdos difíciles pero diferentes a modo de identidad, una huella de lo que se vivió. Violi (2020) profundiza esta perspectiva al revelar que esta transmisión transgeneracional del trauma y demás, es una transmisión implícita, es decir, que no ha sido elaborada, basada en lo que no se dijo, silenciada y normalmente escondida (p. 16), lo que produce en sí una paradoja donde la memoria se construye mediante los silencios. Esta condición lleva a lo que la mencionada autora denomina una *desarticulación existencial*: "la posmemoria implica [...] que nuestra propia vida se vea 'desarticulada' e incluso vaciada por la de nuestros predecesores" (Violi, 2020, p. 15). Esta idea es complementada por Hirsch (2012) quien plantea que el término posmemoria refleja la oscilación entre la continuidad y la ruptura (p. 5), se puede decir que es un estado liminal donde los descendientes habitan un espacio entre la memoria heredada y la propia construida.

2.1.2. Repetición compulsiva de Mengele y Grese en relación con la teoría del trauma de Caruth

En primera instancia, Cathy Caruth plantea que el trauma no se ubica exclusivamente en el primer evento violento, sino en el carácter no asimilado que resiste como una herida en la memoria de la víctima. El enfoque de la autora permite analizar de forma paralela las memorias de Olga Lengyel, quien inicia su testimonio con culpa desenfrenada: "¡Mea culpa, fue por culpa mía, mea máxima culpa! No puedo acallar mi remordimiento por ser, en parte, responsable de la muerte de mis padres y de mis dos hijos" (Lengyel, 2020, p. 6). Esta declaración de Lengyel reafirma lo que Caruth describe como la repetición

involuntaria de las memorias del pasado que no puede olvidarse (Caruth, 1996, p. 2). Su trauma se encarna como una compulsión que revive tanto el dolor como la culpa, un proceso que no solo perjudica al individuo, sino que también demanda ser testificado por otros: "Trauma is [...] the story of a wound that cries out, that addresses us in the attempt to tell us of a reality or truth that is not otherwise available" (Caruth, 1996, p. 4). En el caso de Lengyel, su uso constante de imágenes sobre, por ejemplo, el padecimiento de su familia en los campos de concentración refleja cómo su trauma pasa de ser una narrativa personal a una colectiva, que evidencia una herida marcada en la historia que exige ser reconocida. Así, la experiencia de Lengyel no solo expone la brutalidad del Holocausto, sino que también respalda el argumento de Caruth: que el trauma se manifiesta como una ausencia de conocimiento pleno que regresa de manera compulsiva a la memoria.

Por otra parte, la figura del Dr. Joseph Mengele en *Los hornos de Hitler* ilustra de manera escalofriante por su naturaleza, lo que Cathy Caruth define como el *reenactment* del trauma: la repetición compulsiva de un evento que no puede ser asimilado en su totalidad. Lengyel describe a Mengele como el Ángel de la Muerte, quien con un gesto básico decidía quién moría y quién tendría que sufrir experimentos altamente inhumanos: "El Dr. Mengele [...] seleccionaba a las víctimas con un gesto casual de su guante blanco" (Lengyel, 2020, p. 115). Según Caruth, este tipo de representaciones, la literaria en este contexto, no solo narran el evento traumático, sino que exponen la poca capacidad de las víctimas para procesar completamente el horror vivido: "Trauma is not locatable in the simple violent or original event in an individual's past, but rather in the way that its very unassimilated nature [...] returns to haunt the survivor later on" (Caruth, 1996, p. 4). La reiterada presencia del personaje de Mengele en las memorias de Lengyel no solamente demuestra una obsesión por recordar su figura cruel, sino también el impacto en la fragmentación de la memoria de las víctimas. Su figura representa el dominio absoluto sobre la vida y la muerte, el sistema opresor que provoca el trauma. En esta forma, Caruth ayuda a explicar la memoria compulsiva de Lengyel a partir de percibirla como una forma de supervivencia psíquica: contar el horror de Mengele es un intento de expresar un dolor inasimilable mientras trata de darle un sentido a ese pasado. Este vaivén entre recordar el trauma y revivirlo le confiere a la figura del Ángel de la Muerte un carácter omnipresente a lo largo del relato de su propia memoria.

En esa misma línea, la figura de Irma Grese también produce este fenómeno de compulsión traumática en la memoria de Olga Lengyel. Lengyel la describe como la encarnación del sadismo y la crueldad sistemática: "Irma Grese, con su mirada glacial y

sus botas altas, era la encarnación de la crueldad desenfrenada. A menudo se complacía en observar cómo las prisioneras sufrían por hambre o castigos innecesarios" (Lengyel, 2020, p. 138). Esta descripción detallada resalta lo que Caruth identifica como el trauma que exige ser contado, no solo compartir el horror sino para intentar comprenderlo: "Trauma seems to be much more than a pathology [...] it is always the story of a wound that cries out" (Caruth, 1996, p. 4). Grese se convierte en una figura igual de recurrente que Mengele, representando la degradación humana y el terror omnipresente del sistema nazi. Junto con ello, la relación de las acciones de Grese y la experiencia de las prisioneras muestra cómo el trauma no afecta solo a la víctima directa, sino que se intensifica al ser presenciado por terceros. Lengyel es testigo atónito de cómo Grese ejecuta castigos de forma arbitraria, estos que suponen la politización por la extensión de la deshumanización: "Presenció cómo una joven fue golpeada hasta perder el conocimiento solo porque no respondió rápido a una orden. Irma Grese sonreía mientras la sangre teñía el suelo" (Lengyel, 2020, p. 140). Ese tipo de escenas no solo son la manifestación del sadismo de Grese, sino que también se desarrollan como recuerdos insistentes, los que, como propone Caruth, continúan retornando en forma de narraciones de tipo compulsivo. De esta forma, la memoria de Grese que aparece en el texto de Lengyel no es solo una manera de dar testimonio del horror, sino, también una muestra del trauma tanto colectivo como individual.

En la reconstrucción de su memoria, Olga Lengyel sitúa a Joseph Mengele e Irma Grese como principales símbolos del horror en Auschwitz, reflejando cómo estas figuras simbolizan la deshumanización y el trauma vivido. Para Lengyel, sus recuerdos de Mengele disfrutando de la selección y de Grese disfrutando del sufrimiento de las prisioneras no son solo testimonios de crueldad, sino narrativas que buscan dar sentido al dolor persistente: "En sus manos estaba decidir quién vivía y quién moría. Nadie podía escapar a su juicio" (Lengyel, 2020, p. 115). La memoria de Lengyel, sin embargo, no está exenta de tensiones. Como señala Lawrence Langer, "Lengyel's irrepressible need to create a sympathetic audience may be the chief reason for her willingness to embellish the authenticity of her ordeal" (Langer, 2021, p. 195). Esta necesidad no desmerece su testimonio, sino que, por lo contrario, destaca su deseo de rescatar el pasado, juntamente con la intención de ofrecer una narración que mantenga viva la memoria de los hechos acontecidos y pueda ser compartida más tarde, la valentía y el sufrimiento que la generación antecesora vivió. La reiteración de estos hechos permite comprender el sentido del testimonio como denuncia y como preservación histórica. Por tal motivo, Caruth

señala que el trauma narrado es, en otras palabras, una herida que exige ser escuchada, Lengyel llega a conseguir que su vivencia personal del sufrimiento se transforme en una vivencia histórica como una advertencia perturbadora de invita a no olvidar. La presencia de Mengele y Grese dentro de las memorias, además de gastar el eco del sufrimiento, da cuenta de la capacidad humana de recordar, resistir y rehacerse incluso en las circunstancias más inhumanas.

2.2. Grese y Mengele: Impacto en la memoria colectiva y estrategias literarias del trauma en las narrativas del Holocausto

El análisis del impacto de figuras como Irma Grese y Joseph Mengele en las memorias tanto personales como colectivas permite explorar un poco más allá el trauma que dejó el Holocausto a toda una sociedad. Este análisis se aborda desde las teorías que configuran el trauma transgeneracional y las estrategias literarias usadas. El cómo Lengyel contribuye a preservar la memoria del pasado, utilizando narrativas que reconstruyen el horror compartido por muchas personas víctimas del sufrimiento sistemático.

2.2.1. Influencia de Irma Grese y Joseph Mengele en la construcción de la memoria colectiva del Holocausto

La memoria colectiva se hace efectiva como un complejo tejido narrativo, ya que los episodios traumáticos que determinan la identidad social resultan ser eficaces en ese sentido. Así como expresa Cohler (2008), haciendo énfasis en que la narración histórica, en pocas palabras, es una narración de quiénes somos en relación con nosotros mismos en el tiempo (p. 2), un proceso en el cual el Holocausto emerge como un punto fundacional. Langer (2021) complementa esta perspectiva argumentando que el testimonio está compuesto por fragmentos de memoria y no ofrece una declaración completa sobre los eventos en sí misma (p. 169), lo que precisamente contribuye a su poder evocador y transformador. En este sentido, representar como figuras del mal institucionalizado a los personajes comentados previamente son también la metáfora misma de la Shoá (Cohler, 2008, p. 2). Por ende, la construcción de esta memoria colectiva no es limitada a solo recordar, sino a buscar entender cómo los eventos más siniestros de la historia arman nuestra comprensión ética y moral, permitiéndonos reflexionar sobre nuestra humanidad y sus límites.

La narrativa histórica funciona como un puente pues las figuras más temidas del Holocausto son la crueldad sistemática que desafía la comprensión humana y la moral. Como sostiene Cohler (2008), "the understanding of historical circumstances is essential for the study of lives; memoirs reflect the interplay of personal circumstances and larger social forces, including collective or popular memory" (p. 2), un proceso donde personajes como Irma Grese y Josef Mengele encarnan la deshumanización institucional. Langer (2021) profundiza en esta perspectiva al argumentar que "the portrait of Irma Grese in memoirs reflects a broader phenomenon in Holocaust testimony: the need to encapsulate individual cruelty within a system of unfathomable inhumanity" (p. 173). La representación de estos perpetradores documenta los horrores personales de cada individuo y edifica una memoria grupal que funciona como advertencia histórica, rememorando la fragilidad de los límites morales y la potencial brutalidad de los sistemas autoritarios cuando se normalizan la deshumanización y la violencia sistemática.

En el proceso de la transmisión del trauma, la literatura emerge como vehículo necesario para el mismo, el cual ayuda, preserva y busca comprender los relatos más intensos del Holocausto. Nir (2018) sugiere que "testimonies and literature serve as fragmented yet powerful vessels of memory, preserving individual trauma while integrating it into collective memory through their evocative nature" (p. 9). Además, la narrativa literaria enfrenta el desafío de articular lo que es difícil de articular en sí, como señala la misma autora: "representing Holocaust trauma in literature faces the inherent challenge of articulating the inarticulable. Yet, it remains a crucial tool for embedding personal suffering within a framework of universal understanding" (p. 9). Por consiguiente, los hijos de sobrevivientes se convierten en portadores de lo llamado "marca", o conocido también como "velas conmemorativas vivientes", desarrollando su propia identidad consciente de su pasado que da cuenta del legado del trauma y la necesidad de forjar vidas independientes. Este proceso de transmisión no sólo es una reproducción de memorias, sino que, al mismo tiempo, es una reinterpretación activa que permite a las generaciones posteriores dar sentido y elaborar el dolor que les ha legado, y transformarlo en elemento de comprensión histórica y ética activa para resistir.

2.2.2. Comparación de mecanismos literarios en la representación del trauma intergeneracional entre otros sobrevivientes

La narración del holocausto en las obras de los autores Olga Lengyel y Elie Wiesel, sitúa perspectivas diferentes en las diversas circunstancias en las que desarrollan su obra. En primer lugar y como señala Leard (2017), Wiesel era tan sólo un niño de quince años cuando tuvo que vivir en los campos, a diferencia de Lengyel que era mujer mayor con hijos y un esposo (p. 2), esta es una diferencia crucial que influye en lo que plasman a través de las narrativas, pues es un enfoque diferente. En segundo lugar, Lengyel se caracteriza por su forma explícita de mostrar los tormentos físicos y la explotación, enfatizando la vulnerabilidad específica de las mujeres en los campos. Su relato pone de énfasis en la humillación extrema sufrida especialmente en momentos de intimidad que Leard (2017) destaca cuando menciona (2017) Lengyel describe su experiencia de desnudarse como hora de la vergüenza, diferente a Wiesel quien expresa humillación, pero no explica el motivo de este sentimiento (p. 4). En esa situación interviene tanto la edad y la percepción según el género. Por ejemplo, en contraste con Lengyel, Wiesel (1958) en *Night* resalta la degradación humana y la lucha interna que tuvieron que enfrentar los prisioneros, tal y como cuando observa con impotencia las palizas que le dan a su padre, a Wiesel le carcome la culpa por no intervenir (p. 54). Esta diferencia en el enfoque refleja no solo sus distintas edades, sino también sus roles y responsabilidades dentro del campo.

La representación del trauma y la representación de las dinámicas sociales en las obras de Lengyel y de Wiesel, como se comentó anteriormente, divergen por el rol que juega su diferencia de género. Leard hace la siguiente observación (2017), las mujeres en el campamento de Lengyel eran mucho más hostiles entre sí, la poca amabilidad que mostrarían al inicio se vería agotada rápidamente, mientras que Wiesel describe un sentido de camaradería entre los varones (p. 7), aquello sugiere que las condiciones de supervivencia generaban diferentes tipos de relaciones sociales. Ambos autores utilizan una narrativa que evoca constantemente las figuras de los perpetradores, para poner una imagen mental de la persistencia de los horrores que trasciende el mismo evento. Sus posiciones en el campo, como señala Leard (2017), les permitió observar "los crueles 'experimentos científicos' que los nazis realizaban en prisioneros" (p. 5), agregando una capa adicional de testimonio a su narrativa. "Never shall I forget that night, the first night in camp, that turned my life into one long night seven times sealed" (Wiesel, 1958, p. 34). Por su parte, Wiesel (1958) se centra en los efectos psicológicos del trauma, como la pérdida de la fe al presenciar la brutalidad del campo:

Como testigos, no vivieron exactamente lo mismo acontecimiento, esto es influenciado por sus diferentes posiciones dentro del campo, así que varía según el autor. En el caso de Lengyel, ella fue invitada a participar en un movimiento de resistencia y se le solicitó usara a su favor su posición como enfermera para difundir el mensaje (Leard, 2017, p. 2). Este escenario le otorgó una perspectiva más amplia del funcionamiento del campo. Recae en Lengyel una responsabilidad adicional que difiere con la experiencia de Wiesel, quien, siendo más joven, se centró únicamente en su supervivencia. De ese modo, Lengyel (2020) emplea una perspectiva más observadora y descriptiva, reportando cuidadosamente la deshumanización física: "A strange, sickening, sweetish odor" (p. 42), mientras que Wiesel (1958) traduce su trauma en un diálogo íntimo con Dios, enfocándose en la fe y sanación espiritual: "Where is He? Here He is—He is hanging here on this gallows" (p. 65). Esta diferencia en el enfoque narrativo refleja no solo sus distintas experiencias, sino también sus diferentes roles como testigos del horror y sus creencias.

A pesar lo contrastantes que son sus perspectivas y experiencias, ambos, Lengyel y Wiesel, comparten la misión fundamental de preservar la memoria del Holocausto para las generaciones futuras. Lengyel (2020) lo expresa verbalmente: "Estaba determinada a sobrevivir y contarle al mundo lo que habíamos tenido que vivir" (p. 80), en paralelo Wiesel (1958) proyecta un sentimiento parecido en su prólogo: "For the survivor who chooses to testify, it is clear: his duty is to bear witness for the dead and for the living" (p. 3). Estas declaraciones muestran una consciencia compartida sobre lo importante que es dar testimonio. Las diferencias halladas en ambas memorias por el género, la edad y circunstancias, la forma que son transmitidas a través de mecanismos de literatura como los constantes monólogos o flashbacks que evocan la repetición compulsiva, contribuyen a crear un testimonio más completo y amplio del Holocausto, pues cada voz aporta una perspectiva única y necesaria para la comprensión total de este evento histórico, transmitiendo el trauma a través de la posmemoria y generando así una cadena transgeneracional.

Conclusiones

Durante la investigación se propuso responder: ¿en qué medida el recuerdo compulsivo del Dr. Joseph Mengele e Irma Grese presentes en las memorias de Olga Lengyel *Los hornos de Hitler* (1947) es la manifestación de un trauma transgeneracional evidente? Inicialmente, se propusieron dos ideas base para la teoría del trauma transgeneracional. primero, el marco teórico de Hirsch como único sustento del concepto de la *posmemoria* en función al Holocausto y la transmisión del trauma; segundo, está la repetición compulsiva de Caruth que sigue esa misma línea. No obstante, si bien la investigación permitió ratificar las afirmaciones previas, es necesario señalar que, en el proceso de búsqueda bibliográfica, se halló otra fuente que complementaba y discutía las ideas de Hirsch acerca de la *posmemoria*: el artículo de Violi, Los engaños de la posmemoria, de 2020. Caruth y Violi agregaron una visión dimensional al concepto y debatieron el uso de la palabra intergeneracional y transgeneracional en la teoría, se coincidió finalmente en que, en efecto, pueden emplearse para explicar la transmisión del trauma en este contexto, pero es necesario resaltar que ambas nociones son tanto en sí mismas, diferentes, una hace referencia al impacto del trauma entre las relaciones generacionales y el otro hace referencia a la transmisión de memorias, es decir, llevar la experiencia de una generación a otra. Así que, considerando esa nueva información, fue pertinente trabajar ambos conceptos, no como sinónimos sino como algo secundario de la transmisión del trauma que me permitió profundizar en la teoría durante el análisis de las memorias de Lengyel en mi investigación.

El trauma se manifiesta, por un lado, como una experiencia que es trascendente al tiempo, los eventos traumáticos no permanecen atrapados en el momento donde ocurrió, sino que persisten y se van a reactivar en la psique de la víctima como un mecanismo secundario al incidente. Por otro lado, este trauma se convierte en un fenómeno que adquirirá una dimensión transgeneracional e intergeneracional, a través de la *posmemoria* ya mencionada, se concierne que las experiencias traumáticas son consumidas por las generaciones posteriores gracias al puente de las narrativas familiares, creando así, una conexión profunda que induce a experimentar estas memorias heredadas como propias. Aquello actúa tanto en familiares directos como en una línea indirecta. En conclusión, el trauma se determina como un fenómeno que va más allá de sólo la experiencia individual y temporal, se convierte en un legado psicológico y cultural que no solo afecta a descendientes directos de los que sobrevivieron, sino que también se integra en la

memoria colectiva de la sociedad, marca una identidad a través de diversas maneras de transmisión y simbolismo.

Este fenómeno ocurre frecuentemente en eventos marcados por la historia. Primero, como el horror vivido durante el Holocausto, donde la violencia que padecieron, por ejemplo, los judíos húngaros, fueron el resultado de un sistema de exterminio diseñado para acabar con la integridad humana de los prisioneros, siendo este genocidio un proceso industrial de muerte eficiente. El caso de su exterminio ilustra esta sistematicidad genocida: en pocos meses fueron trasladados, gaseados y cremados cerca de medio millón de ellos. Y segundo, a través de las memorias de la judía húngara Olga Lengyel, *Los Hornos de Hitler*, fenómeno que brota como un testimonio que une la vivencia personal con la colectiva, no solo reporta la experiencia individual de la autora, sino que se convierte en un documento histórico importante para la comprensión necesaria del Holocausto. En tal caso, el testimonio de Lengyel transforma su valor a algo más general, pues deja una huella del pasado vivido en masa, huella que convierte a un trauma transgeneracional. En conclusión, la sistematización de la violencia en Auschwitz y su registro en testimonios como el de Lengyel son la evidencia de cómo el trauma histórico alcanza a generaciones no ligadas directamente con el exterminio en Au, y les ayuda a comprender y conectar con el sufrimiento que vivieron las víctimas del Holocausto, fomentando así, una conciencia crítica y preventiva.

Por otra parte, las figuras individuales como Mengele y Grese trascienden a símbolos universales del horror nazi, representando la brutalidad institucionalizada del sistema, *la barbarie*. Ambos personajes marcaron la vida de muchos sobrevivientes y acabaron con las de otros, siendo recurrentes en varias narrativas testimoniales como en *Night* por Elie Wiesel. Por esa parte, se puede considerar que la experiencia de cada persona difiere según las circunstancias, varía entre el sexo, la edad y el trabajo, el trauma es subjetivo para cada individuo. Para muchos, redactar un testimonio no es sólo una forma de dar voz a quienes también sufrieron, sino, puede convertirse también en una forma terapéutica para poder continuar viviendo. Por ende, el impacto emocional que dejan los perpetradores a las víctimas que lograron escribir su historia, se manifiesta a través de diferentes métodos literarios, como el flashback o descripciones detalladas sobre ciertos eventos. En conclusión, la variable constante es la repetición compulsiva y la posmemoria, pues este pasado traumático prevalece con el tiempo debido a las herencias que dejaron quienes lo padecieron.

Finalmente, con el desarrollo de la presente investigación, se analizó, en primer lugar, el marco teórico del trauma transgeneracional, explorando teorías como la de Caruth y Hirsch, complementándolas además con otras fuentes, en principal, ambas ideas sostienen cómo es que se transmite un trauma a una generación tanto relacionado como ajena. Además, se resalta que el trauma no es un evento inmóvil ni limitado al tiempo, por ende, es posible visualizarlo en testimonios como los de Olga Lengyel y Elie Wiesel, un legado cultural que prevalece a través de la posmemoria. En ese sentido, el aporte que deja el artículo de Violi para mi investigación, me permitió matizar dos nociones, primero la intergeneracionalidad y luego la transgeneracionalidad, denotando sus diferencias, en tanto al término del impacto familiar como el de transmisión cultural. En segundo lugar, el testimonio de Olga Lengyel transforma la experiencia personal en un documento histórico que genera conciencia e invita a reflexionar, realzando la forma en la que el trauma se convierte en un fenómeno universal y, por tanto, histórico. Lo recurrente que se vuelven las figuras nazis como Mengel y Grese, pueden explicarse como el impacto que tuvieron en la vida de las víctimas, mostrándose por medio las estrategias literarias empleadas, ya no sólo por Lengyel sino por otros sobrevivientes. En síntesis, esta investigación valida que el trauma transgeneracional no es sólo un fenómeno psicológico que afecta y destruye, sino también, si se toma de esta forma o no, puede convertirse en un puente para la construcción de la memoria y la preservación de una identidad colectiva crítica frente a los horrores que se enfrentaron en el pasado.

Bibliografía

- Allwork, L. (2017). Holocaust trauma between the national and the transnational: Reflections on history's "broken mirror". En S. Onega, C. del Río, & M. Escudero-Álías (Eds.), *Traumatic memory and the ethical, political and transhistorical functions of literature* (pp. 75-96). Palgrave Macmillan.
https://doi.org/10.1007/978-3-319-55278-1_4
- Caruth, C. (1996). *Unclaimed experience: Trauma, narrative and history*. Johns Hopkins University Press.
- Clark, E. y Larson, J. (2018). *Irma Grese: Los monstruos femeninos de Hitler expuestos: Irma Grese: Hitler's WW2 female monsters exposed* (Spanish book version). Independently Published.
- Cohler, B. J. (2008). Two lives, two times: Life-writing after Shoah. *Narrative Inquiry*, 18(1), 1-28.
<https://doi.org/10.1075/ni.18.1.02coh>
- Desbois, P. (2008). *The Holocaust by bullets: A priest's journey to uncover the truth behind the murder of 1.5 million Jews*. St. Martin's Press.
- Friedlander, S. (1992). Trauma, Transference and "Working through" in Writing the History of the "Shoah." *History and Memory*, 4(1), 39–59.
<http://www.jstor.org/stable/25618626>
- Herman, J. (2015). *Trauma and Recovery*. New York: Basic Books
- Hirsch, M. (2012). *The generation of postmemory: Writing and visual culture after the holocaust*. Columbia University Press.
- Kellermann, N. (2001). Transmission of Holocaust trauma—An integrative view. *Psychiatry: Interpersonal & Biological Processes*, 64, 256–267.
- Kellermann, N. (2008). Transmitted Holocaust trauma: Curse or legacy? The aggravating and mitigating factors of Holocaust transmission. *The Israel Journal of Psychiatry and Related Sciences*, 45, 263–271.
- Laczó, F. (2016). *Hungarian Jews in the Age of Genocide: An Intellectual History, 1929-1948*. Brill.
- Langer, L. (2021). Memory and invention in Olga Lengyel's Five chimneys. En *The afterdeath of the Holocaust: The Holocaust and its contexts* (pp. 127-142). Palgrave Macmillan.
https://doi.org/10.1007/978-3-030-66139-7_9

- Lagnado, L. y Dekel, S. (1992). *Children of the flames: Dr. Josef Mengele and the untold story of the twins of Auschwitz*. Penguin Books.
- Lengyel, O. (2020). *Los hornos de Hitler*. Planeta. (Obra original publicada en 1947).
- Leard, L. (2017). Chimneys in the night: A comparative analysis of Elie Wiesel's Night and Olga Lengyel's Five Chimneys. *Mount Royal Undergraduate Humanities Review*, 4, 10–19.
<https://doi.org/10.29173/mruhr334>
- Nir, B. (2018). Transgenerational transmission of Holocaust trauma and its expressions in literature. *Genealogy*, 2(4), 49.
<https://doi.org/10.3390/genealogy2040049>
- Patai, R. (1996). *The Jews of Hungary: history, culture, psychology*. Wayne State University Press.
- Ricoeur, P. (2006). *Memory, history, forgetting* (K. Blamey & D. Pellauer, Trans.). University of Chicago Press.
- Szántó, I. (2018). Laczó, Ferenc 2016. Hungarian Jews in the Age of Genocide: An Intellectual History, 1929-1948. *Hungarian Cultural Studies*, 11.
<https://doi.org/10.5195/ahea.2018.344>
- Violi, P. (2020). Los engaños de la posmemoria. *Tópicos del Seminario*, (44), 12-28.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59464950002>